

---

---

## XX

¡POBRE REGINA!

Corrieron ocho meses con la velocidad que hallan en las alas del tiempo aquellos que son felices.

Regina y su esposo le acusaban de correr demasiado aprisa, no obstante que sus recursos se acababan más velozmente que los días que pasaban entregados á su amor.

Su felicidad, sin embargo, no estaba exenta de algunas nubes; el carácter helado y orgulloso de Regina dominaba, es verdad, al dulce y apacible de su esposo; pero esta superioridad pesaba sobre el alma de Justino, quien, como hombre al fin, tenía aquel orgullo que algunas mujeres califican de egoísta y cruel, y al que yo doy el hermoso nombre de *dignidad*.

¡Ay de los esposos que cambian sus condiciones! Nunca esperen encontrar felicidad verdadera.

La mujer puede dominar al hombre, pero sólo con el prestigio de sus gracias, de su dulzura y aun de su llanto: aquellas que consiguen domi-

narle por su carácter irascible y altanero, tienen un imperio muy poco envidiable.

El hombre que se rebaja hasta obedecerlas ciegamente, las teme y no las ama; y quizás esa hipócrita servidumbre busca y encuentra lejos de ellas su solaz en culpables y degradantes extravíos.

La mujer, por su parte, no estima al esposo que, perdiendo la dignidad, se convierte en esclavo suyo.

Hércules mismo fué despreciado hilando á los piés de Omphale.

Regina vendió las sortijas y los pendientes que llevaba puestos al salir de la casa de sus padres, para atender á sus necesidades, que durante algún tiempo fueron provistas con holgura; mas, sedienta de la presencia de Justino y ocupada únicamente de su amor, le exigió que abandonase sus traducciones al menos por algunos días.

—Pero, Regina mía, mi editor buscará otros traductores, le advirtió Justino con dulzura.

Su esposa le tapó la boca con su hechicera mano, diciéndole que no quería escuchar objeciones.

Sometióse, pues, Justino á un reposo que complacía á Regina y que era además muy necesario á su quebrantada salud, y desde aquel día se dedicó sólo á estar al lado de su mujer y á contemplar su espléndida belleza.

Pasaba largas horas sentado á sus piés en un almohadón y adorando el hermoso corte de su

frente, sus grandes y rasgados ojos negros y sus arqueadas y sedosas cejas de ébano; divertíase en deshacer las largas trenzas de sus cabellos, en admirar sus manos, modeladas como las de una estatua antigua, y su garganta, que parecía de mármol.

Otro motivo acrecentaba aún su amor. Regina iba á ser madre, y pensando en su hijo pasaban ambos muchas horas, conversando acerca de sus proyectos para el porvenir.

La necesidad apareció por fin en los umbrales de la casa de los jóvenes esposos, llenando de amargura el corazón de Regina; ésta pasaba crueles horas apoyada en su mísera ventana, contemplando el suntuoso palacio de sus padres, y herida á su pesar por el contraste que la opulencia de aquéllos formaba con su tristísima situación.

Sin embargo, el palacio de Villalta permanecía silencioso y helado desde el día en que ella le abandonó; las últimas luces que brillaran en él se habían encendido para firmar sus contratos matrimoniales con Arturo.

Justino suplicó de nuevo á Regina que le permitiese volver á ocuparse de sus traducciones, y ella consintió, amedrentada por el aspecto aterrador de la pobreza que les amenazaba.

Esto era lo único que la infeliz Regina podía hacer por su parte para conjurar la indigencia; la educación que había recibido la había enseñado únicamente á dibujar, cantar, tocar el piano y

bailar en los saraos á donde diariamente concurría; pero todo esto lo hacía tan medianamente, que de nada podía servirle tratándose de emplearlo como recurso.

El excesivo y ciego amor de sus padres había hecho completamente desgraciada á Regina.

Justino, no bien arrancó á su esposa el consentimiento para dedicarse al trabajo, corrió en busca del editor que antes le había empleado.

Mas ¡ay! sus temores se vieron realizados. Había buscado á otra persona que le servía por menos precio y casi con la misma perfección.

Fué á ver á otros; mas todos le dijeron que, teniendo ocupadas sus plazas, no le necesitaban.

Justino volvió al lado de Regina con el corazón traspasado de pena; pero ésta se encerró en un dolor silencioso y concentrado como su carácter; ni un solo consuelo supo dar al desgraciado joven; y sin procurar siquiera reanimar el espíritu abatido de su esposo, se contentó sólo con mirar amargamente el palacio de sus padres.

Regina no sabía que la mujer ha nacido para ser *El Angel del Hogar* (1), y que está en su mano hacer brotar la alegría del centro del dolor.

Regina sólo había aprendido á mandar y no á violentarse; siempre había visto siervos en derredor suyo, y no conocía lo que era deber, ternura y abnegación.

(1) Título de una obra de la autora.

¡Pobre Regina!

Al día siguiente vendió la desgraciada los pendientes de oro que llevaba, y todos sus vestidos, reservándose únicamente el de menos valor.

Justino nada tenía que vender.

Su delicadeza no le permitió hacerse, al casarse con Regina, más que un pobre y modesto traje.

---

## XXI

### LA AGONÍA DE UNA MADRE

Era una noche de Octubre.

El viento, frío ya, azotaba las vidrieras del palacio de Villalta.

En el salón particular de la Marquesa, y cerca de la chimenea, se hallaban aquélla y su esposo, mudos y consternados.

Gabriela parecía la sombra tristísima de la hermosa dama que año y medio antes hacía las delicias de su esposo y de toda su familia.

Pálida, demacrada y envuelta en una bata de raso oscuro, su rostro tenía una lividez extraña, semejante al marfil.

Era una luz que se consumía por instantes.

El Marqués había envejecido diez años en tan poco espacio de tiempo.

Sus cabellos estaban blancos como la nieve.

Su cuerpo encorvado, y sus descarnadas manos arrugadas, como su semblante.

La Marquesa tenía la mirada vaga y perdida.

Advertíase en su fisonomía ese sello de paz

y de dulzura que en algunos rostros sobrevive á la muerte.

El Marqués, envuelto en una bata gris muy algodonada, miraba maquinalmente hacia la chimenea, que ya estaba encendida, á pesar de lo poco avanzado de la estación.

Hubo un instante en que levantó sus ojos hacia su esposa y en que se estremeció profundamente.

—Hoy estás mal, muy mal, Gabriela, dijo con honda emoción, que hizo asomar una ardorosa lágrima á sus ojos; ¿qué es lo que sientes?

—¡Me siento morir, Pedro! contestó Gabriela con la misma suave dulzura con que hubiera dicho: «¡Soy feliz!»

—¿Conque no quieres vivir para mí? exclamó el Marqués con amargura.

—¡Oh, sí! yo quisiera vivir para consolarte, para hacerte compañía, Pedro... ¡pero... no puedo!

—¡Cuánto la amabas! dijo el Marqués, tomando la abrasada mano de su esposa.

—Tanto, repuso ésta, tanto la amaba, Pedro, que al verla salir de esta casa sentí romperse dentro de mí misma todos los hilos de mi vida. Tanto la amo aún, que si revocaras la maldición que lanzaste sobre su frente, si le abrieras de nuevo tus brazos y tu casa...

—¡Qué!... exclamó ansioso el Marqués.

—¡Moriría feliz! concluyó Gabriela, clavando en el cielo una mirada empapada en lágrimas.

—¡Oh! pues si he de perderte lo mismo, no quiero llamar á esa ingrata, á esa sierpe, que ha desgarrado con una herida mortal el seno que la abrigó. Sólo la esperanza de conservarte la vida sería lo que me haría olvidar su fiereza y perdonarla... Mas ya que he de perderte, mi odio hacia ella crecerá, puesto que se ha convertido en tu verdugo... ¡Maldita, maldita sea mil veces!

—¡Pedro!... gritó la Marquesa, cuyo semblante desfigurado expresó todo el terror que le inspiraba aquella terrible y repetida maldición. ¡Pedro!... ¡Por Dios, si me amas, si me has amado, déjame que vaya tranquila al cielo!...

—¡Pobre mártir! murmuró el Marqués, tomando entre sus descarnadas manos la bella y pálida cabeza de su esposa; ¡tú no puedes endulzar con toda tu mansedumbre el raudal de hiel que inunda mi alma! ¿No sabes que tú has sido en la tierra mi único amor hasta que diste la existencia á esa fiera á quien llamabas hija? ¡Pues bien, muerto el cariño que á ella le tuve, sólo á tí amo ya en el mundo! Si le dejas, te seguiré bien pronto.

—¡Pedro! murmuró la Marquesa, apoyando su frente en las manos de su marido; ¡Regina es madre y no tiene pan que dar á su hijo!

Un estremecimiento convulsivo agitó el demacrado cuerpo del anciano.

—¿Lo sabes tú? preguntó á su esposa tras algunos instantes de silencio.

—¡Sí lo sé, Pedro; mi cuidado, mi amor, la han

seguido incesantemente!... ¡Cuando mé apercibí de que la miseria estaba próxima á aquejarla, le envié socorros que su orgullo rehusó!... ¡Pedro!... ¿Sabes lo que me contestó? «¡No quiero tu limosna, madre mía; quiero sólo que mi padre me llame á su casa con mi esposo!»

—¿Y por qué no me ha rogado que los recibiese en ella, toda vez que la abandonó? preguntó el anciano, cuyas facciones se habían ido dulcificando.

—¿Olvidas, Pedro, que ha aprendido de tí su indomable altivez? ¿Olvidas que la has fomentado tú mismo? ¡Ah, por piedad... por compasión á tí propio, llámala á tus brazos!

—¡Nunca, nunca! exclamó el Marqués. ¡No me exijas eso, Gabriela!... ¡Después de perderte, la vista de tu verdugo me sería odiosa!

Un profundo y pavoroso silencio siguió á estas frases. Pasado un instante, el Marqués alzó la cabeza para dirigir de nuevo la palabra á su esposa.

—¡Gabriela... Gabriela! gritó desesperadamente al verla pálida y desencajada. ¡Gabriela mía, yo haré todo lo que tú quieras!... ¡Te devolveré tu hija... pero vive!... ¡Gabriela, vuelve en tí!...

La Marquesa abrió sus moribundos ojos y estrechó débilmente la mano de su esposo; éste llamó, y dos camareras que se presentaron condujeron á Gabriela á su lecho.

La noche se pasó en una agonía dulce y lenta: ¡era la agonía de una santa!

Al rayar el alba, Gabriela de Mendoza, Marquesa de Villalta, joven aún y bella como el último sueño de amor, puso sus labios en la mejilla de su esposo que la abrazaba sollozando, y murmuró:

—¡Pedro... perdona á nuestra hija... y vén á buscarme al cielo!

Luego entornó sus grandes y hermosos ojos, lanzó un suspiro, y su alma voló al seno de Dios.

Los ángeles entonaron un himno de alegría, y los mártires recibieron el alma pura y hermosa de la Marquesa de Villalta.

## XXII

## LA MENDIGA

Una escena distinta, pero más triste aún, tenía lugar en la casita que ocupaban Justino y su esposa.

Ambos se hallaban en la primera de las salitas, completamente desmantelada ya, porque habían vendido todos los muebles que antes llenaban la pequeña habitación.

Sentada Regina en una de las dos únicas sillas que se veían, mecía sobre sus rodillas á un niño de pocos meses, hermoso, pero flaco y descolorido como su madre.

Esta se asemejaba á un cadáver: sus grandes ojos parecían haber crecido; su tez, blanca como el alabastro, había perdido del todo sus matices de rosa, y en cada una de sus mejillas descubriáse un hoyo profundo, señal infalible de sus privaciones y miserias.

Apoyado en la otra silla, y mirando á la madre y al hijo con desgarradora expresión, estaba Justino, flaco, pálido, con la barba larga y el ca-

bello descuidado; sus ojos, hundidos, fulguraban con una luz sombría; de vez en cuando un temblor convulsivo agitaba sus labios, recorriendo después todo su cuerpo, que se estremecía como un arbusto azotado por el viento.

Jamás ha ofrecido la miseria un cuadro más elocuentemente triste.

Largo rato hacía que reinaba un profundo silencio. Regina, sin acentos, sin gemidos, sin lágrimas, porque en aquella naturaleza de hierro no tenía entrada ninguna emoción ostensible, estrechaba á su pequeño hijo contra su seno helado, por un último y supremo esfuerzo de maternal amor.

Había llegado á la miseria paso á paso, sin susto, casi sin dolor; ni la muerte misma la arretraba.

La maldición de su padre no pesaba sobre su frente, porque la juzgaba injusta. Sus creencias religiosas se habían desarrollado tan poco con su funesta educación, que sólo le permitía distinguir lo bueno de lo malo según su conciencia, recta y altiva, sí, pero orgullosa y egoísta como su corazón, como todo su sér.

El loco amor de su padre había prohibido que se le hablase del infierno y de la justicia de Dios, temiendo amedrentarla.

Sólo le había dicho que el Sumo Hacedor es infinitamente bueno; que la Santísima Virgen es toda piedad y amor; y así en religión como en

todas las demás cosas, sólo conocía la parte que le era benéfica y dulce.

Mas no era extraño que el Marqués de Villalta desarrollase en su hija todos los instintos del egoísmo y del orgullo. ¿Cuándo ha sabido un hombre educar á sus hijas? ¡Ah! padres de familia, no toméis jamás, jamás, sobre vosotros el arduo cuidado de formar el corazón y de alumbrar el entendimiento de vuestras hijas. Confíadlas á sus madres, y para que éstas tengan la suficiencia necesaria para tan difícil tarea, elegid bien antes de uniros con los eternos lazos del matrimonio.

¡Sí! Por más que el hombre se erija en rey de la creación, por más que niegue á la mujer la inteligencia y la instrucción, no puede negarle el sentimiento, el buen instinto y el amor.

No puede negarle que es más apta que él para educar á sus hijas, porque sólo la mujer puede y debe formar á la mujer.

Ved todas las niñas cuya educación ha sido dirigida por sus padres; todas han sido formadas con arreglo al espíritu de dominación y de fiereza que distingue al hombre.

Ved las niñas educadas por sus madres, aunque éstas no posean más ciencia que la natural en su sexo, esto es, rezar y amar, y notaréis al instante en ellas la flexibilidad de carácter, la dulzura y la sinceridad de creencias, propias de la mujer.

Yo sé que algunas madres hacen á sus hijas supersticiosas; pero sé también que muchos padres

las hacen en extremo despreocupadas, y considero el primer mal mucho más tolerable y aun mucho más conveniente que el segundo.

¡Libreme Dios siempre de la mujer irreligiosa! ¡Esta es, á mis ojos, como la fuente seca que sólo deja caer en su seno arenas abrasadas!

Dadme mujeres piadosas hasta la preocupación; su humildad podrá elevarse y podrán ilustrarse sus creencias.

La desgraciada Regina no fué educada por su sencilla pero buena y santa madre: si Gabriela hubiera dirigido su corazón, la mansedumbre de aquélla, su dulzura, su gracia, esa gracia penetrante, llena de encanto y peculiar de la virtud, hubieran subyugado el espíritu de Regina y le hubieran suavizado para todas las pruebas de la vida.

Educada por su padre, su nativo orgullo se aumentó y creció hasta ser su propio verdugo.

Cuando se sintió afligida, pidió consuelo á Dios y á su Madre, segura de que se darían por contentos en aliviar su suerte, puesto que nunca les había molestado con súplica alguna.

En su fatal y helado egoísmo creía que las potestades celestes, del mismo modo que las humanas, debían doblegarse á sus deseos, y, razonando de este modo, les rogó que mejorasen su fortuna con la misma irritada altivez con que recordaba á sus criados algún cuidado ó algún servicio que se hubiesen olvidado de prestarle.

¿Qué sabía ella de pruebas enviadas por el Señor para conquistarnos la gloria?

¿Qué sabía ella de paciencia, de resignación?

Su férreo carácter necesitaba de una mano de acero que le torciera y le guiase, y sólo había sido maleado con dañosas é imprudentes caricias.

Pero por más que esperó durante algún tiempo la complacencia de Dios y de su Santísima Madre, ésta no llegó, y Regina olvidó que había rogado, pareciéndole que hacía bastante con no indignarse.

Entretanto crecía su miseria: la maldición de su padre, tan cruelmente burlado en sus más gratas esperanzas y abandonado después; la agonía de su madre, causada por el dolor con que ella la había herido, habían colmado la medida de la misericordia celeste.

En la noche en que volvemos á ver á los jóvenes esposos, padres ya de una inocente criatura, hacía treinta y dos horas que no habían probado alimento alguno.

En vano Justino sentía estallar su cabeza á fuerza de discurrir de dónde sacaría un pedazo de pan para su esposa.

En vano ésta acercaba á su seno la boca de su hijo.

¡Su seno estaba agotado por el hambre!

—¡Justino! dijo la joven tras un largo rato de silencio; ¡Justino, mi hijo se muere!

—¡Oh, Dios mío, piedad! gritó el infeliz retor-

ciéndose las manos. ¡Inspirame un pensamiento salvador!

Regina no oyó estas palabras.

Se levantó, apretó el niño contra su pecho, y se cubrió la cabeza con su pañolón viejo y desteñido.

—¿A dónde vas? exclamó Justino corriendo hacia ella.

—¡A pedir limosna para mi hijo á la puerta del palacio de mi padre! respondió Regina sordamente.

—¡Regina, Regina! ¡Tú me enseñas lo que debo hacer! exclamó Justino. ¡Yo pediré pan para vosotros dos!

Y rechazando suavemente á su esposa, se dirigió á la puerta.

Pero Regina le detuvo.

—¡No, no! dijo ésta. Si mi padre te viera implorando la caridad pública, gozaría en vez de sufrir. ¡La pena que ha de experimentar al verme á mí, me vengará de su crueldad!

Dichas estas palabras, salió Regina de su habitación y bajó la escalera con paso vacilante.

Justino quedó un momento mudo, inmóvil y con el cabello erizado; luego se dió una palmada en la frente, como si hubiera surgido en su cabeza una idea luminosa y repentina.

Salió también de su casa, dejando entornada la puerta, y echó á correr por el oscuro y solitario callejón.



Entretanto Regina se había situado á la puerta del palacio de sus padres.

Vió entrar, uno después de otro, á dos personajes gruesos y lujosamente vestidos, y quiso pedirles limosna; pero el orgullo de la sangre se sublevó, y no acertó á proferir una palabra, ni su mano pudo extenderse para demandar la caridad.

Aquellos dos hombres eran los médicos, enviados á llamar á toda prisa por el Marqués para que salvaran á costa de su fortuna entera la vida de su esposa, asesinada de dolor por su culpable hija.

Los dos pasaron sin mirarla y sin reparar en ella siquiera.

Una hora después salieron juntos y hablando á media voz; pero sus palabras llegaron claras y aterradoras al corazón de Regina.

—La Marquesa se muere, dijo el uno.

—Sí: no pasará del amanecer, contestó su compañero.

—La ha matado lentamente el abandono de su hija.

—¡Es verdad! Pero me han contado que el Marqués ha obrado más acertadamente: desfogó su cólera en la noche de los contratos con una maldición terrible que lanzó sobre la culpable, y sigue viviendo para presenciar su castigo.

—Sin embargo, amigo mío, al Marqués le restan también muy pocos días de vida: va á quedar solo en el mundo, y esa rápida consunción que

hace tiempo le viene devorando, acaba por horas su existencia.

—¡Pobre padre! ¡Pobre y amorosa madre! ¡Dios castigue á su ingrata hija!

Los dos doctores se alejaron después de haber lanzado su anatema sobre la frente de Regina.

Esta estaba yerta de asombro, y quizá por la primera vez de su vida, yerta también de dolor.

¡Sus padres morían por ella! Mientras que los dos médicos hablaban, parecía que una serpiente de fuego atravesaba su cabeza, mordiendo sus heladas sienes; luego sintió discurrir por todo su cuerpo un frío mortal, y en medio del horroroso temblor que la agitaba, no advirtió que una débil convulsión hacía chocar el cuerpo de su hijo, helado ya, contra su desnudo seno.

Muchas horas, muchas pasaron así; miró á los dos médicos, que volvieron en un mismo carruaje á eso de las dos de la mañana. Pero Regina, pegada á la pared, silenciosa, inmóvil y con los ojos hoscos y mates, nada veía, ni aun sentía el frío penetrante de la noche.

Mientras ella permanecía muda y helada como la estatua de la desesperación, volvió Justino á su casa, y miró el pobre y duro lecho, compuesto de un jergón y de una vieja manta.

¡Nadie le ocupaba!

—¡Aún estará pidiendo sin conseguir nada! murmuró el desgraciado; y una lágrima se deslizó por sus hundidas mejillas.

—¡Más vale así! volvió á murmurar. ¡No tendría valor para darles mi última despedida!

Sentóse ante una miserable mesilla, y á la luz de un cabo de vela que agonizaba ya, escribió rápidamente una carta.

Luego se levantó, sacó del bolsillo un puñado de oro, besó la carta, tendió por el aposento una larga y triste mirada, y salió, dejando entornada la puerta.

—¡Adiós! exclamó. ¡Adiós, santa morada, llena aún con los recuerdos de mi madre, de mi hermana, de mi esposa, de mi hijo!... ¡Adiós... para siempre!...

Justino pasó su mano enflaquecida y calenturienta por sus ojos cubiertos de lágrimas, y salió precipitadamente á la calle, como temiendo que le faltase el valor.

Llovía entonces: Regina seguía inmóvil á la puerta del palacio de sus padres.

Asomó al fin el alba, perezosa y encapotada con un espeso manto de niebla, y un rumor general que se oyó en el interior del palacio sacó á Regina de su enajenamiento.

—¡Ha muerto! repetían muchas voces entre sollozos. ¡Señora mía de mi alma! ¡tan buena, tan piadosa! ¡Ha muerto!...

—Hoy ha perdido el mundo una mártir y ha ganado una santa el cielo, dijo uno de los doctores á su compañero, saliendo ambos á la calle.

—¡Ha muerto, ha muerto! volvieron á decir en

el patio algunos criados, que rodearon sollozando al portero.

—¡Ha muerto! repitió lúgubrementé Regina, ha muerto mi madre... ¡Oh, desgraciada de mí!

Un sollozo seco desgarró su pecho; su corazón lloraba sangre, aunque de sus ojos no brotaba una lágrima.

Entonces dió el niño un débil gemido, como si acompañase la pena de su madre. Regina inclinó hacia él su frente abrumada de dolor, y un suave suspiro pasó sobre ella como una brisa.

La cabeza del niño cayó hacia atrás lívida y pesada.

El hijo de Regina había dejado de existir.

El hambre y el frío de aquella horrible noche le habían asesinado.

—¡Muerto! gritó de súbito la desdichada madre, comprendiendo con una lucidez espantosa toda su desventura. ¡Muerto!... ¡muerto también!...

Y cayó aniquilada al suelo y rota su fiereza, como la rama seca que troncha el viento.

La justicia divina pesaba sobre su cabeza.

Dios nunca deja sin castigo al hijo que ha provocado la maldición de su padre.

La muerte, en el mismo instante de arrebatarse á Regina á su madre, le robaba también el hijo nacido de su seno, igualando así la culpa con el castigo.

De repente se levantó, oprimió convulsivamente el cadáver del niño contra su pecho, y doblan-

do la esquina entró en su casa, subió la escalera y penetró en su misera habitación.

—¡Justino! dijo Regina, dejándose caer sin fuerzas en la misma silla que su esposo había ocupado para escribir; pero nadie contestó á su voz.

Entonces reparó en el oro y la carta.

Separó las monedas, y, sin soltar á su hijo, abrió el billete, que estaba concebido en estos términos:

«Regina: me he vendido como soldado en la bandera de América: cuando leas esta carta estaré ya en camino para Cádiz, donde voy á embarcarme: sólo así podía daros pan á tí y á mi hijo.

»Adiós, Regina mía; nuestro amor nos ha hecho muy desgraciados... nunca se conquista la felicidad faltando á los deberes que la religión y la naturaleza nos imponen...

»Pide perdón á tus padres, Regina: sólo con el fin de que te lo concedan me alejo de tí, y hasta que puedas convencer á tu orgullo de que debes hacerlo, te dejo, para que vivas, el precio de mi libertad.

»¡Adiós otra vez, esposa mía! ¡Adiós, hijo querido de mi corazón! ¡Si no muero, volveré á abrazaros algún día con toda la efusión de mi alma!

JUSTINO. »

## XXIII

### EL PERDÓN.

Regina quedó un instante inmóvil y con los ojos extraviados.

—¡Conque estoy sola en el mundo! exclamó tras una larga pausa. ¡Sin madre!... ¡Sin esposo!... ¡Sin hijo!... ¡Oh! ¡corramos hacia lo último que me queda!...

Salió al decir esto, sin cuidarse de cerrar la puerta: cruzó la callejuela y entró en el palacio de sus padres, llevando en los brazos el cadáver de su hijo.

Nadie se opuso á su paso, y Regina penetró hasta la habitación de su madre.

La Marquesa yacía en su lecho de muerte.

A sus piés, y lanzando sollozos secos é inarticulados, estaba de rodillas el anciano Pedro.

—¡Padre! gritó Regina deteniéndose en el centro de la estancia.

El Marqués alzó la cabeza y reconoció á la hija cuya imagen tenía grabada en el corazón con sangre y fuego.